

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

La paz

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Habéis oído que os he dicho: Me voy y volveré a vosotros. Si me amarais, os alegraríais de que me fuera al Padre, porque el Padre es más grande que yo. Y os lo digo ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis. Ya no hablaré muchas cosas con vosotros, porque llega el Príncipe de este mundo. En mí no tiene ningún poder; pero ha de saber el mundo que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado. Levantaos. Vámonos de aquí.

Siempre dentro del discurso de despedida, Jesús les habla a sus discípulos de la paz. No se trata de la paz del mundo: no es la paz superficial de los cementerios, donde nadie molesta al otro; ni tampoco es la paz egoísta de los que tienen todo y no necesitan nada.

Es una paz viva, fruto de muchas búsquedas, de muchos esfuerzos, de muchas tensiones.

No debemos tener miedo a las tensiones entre hermanos. La paz debemos construirla entre todos, y esto supone necesariamente tensiones. Habrá tensiones, porque cada uno tiene que hacer un aporte distinto a la paz de su país. Y porque cuesta reconocer los límites del aporte propio y la necesidad del aporte del otro.

Sino que se trata de una paz distinta: de su paz, la paz de Cristo. Es la paz de un gran corazón, es el equilibrio de un espíritu que conoce su meta y sabe su camino. Es la paz de quien nada desea porque todo lo ha dado. Y es el gozo de quien sabe que nunca se romperá su amistad con Dios.

Fundamento de esa paz auténtica es la paz con Dios: la relación humilde y sencilla del hijo al Padre. Une la conciencia de nuestra miseria con la confianza firme en su misericordia, a lo largo de toda nuestra vida.

Y a partir de esa paz en Dios surge también la paz con los demás, la paz con el mundo y la paz consigo mismo.

El hombre de hoy no conoce la paz del corazón porque ha perdido la brújula, está confundido y desorientado ante los grandes interrogantes de la existencia. Por eso no es capaz de llevar una vida conyugal estable, asumir con dignidad cualquier compromiso serio. En lugar de una vida ordenada y armónica vive con estrés permanente, en actitud de dispersión, fuga y evasión. En una vida así es imposible encontrar serenidad y paz.

Y, nosotros, podríamos preguntarnos: ¿irradiamos esa paz del alma, esa armonía serena y profunda en medio de nuestro mundo agitado?

El primero de enero, es también **la fiesta de la Maternidad de María**. Ella, la Reina de la Paz, que nos instó en sus apariciones en Fátima, a rezar por la paz del mundo, se mostrará como Madre y Educadora de la nueva sociedad, cuando le pidamos. La Santísima Virgen formó en Nazaret la familia que es el modelo preclaro de todas las demás familias.

Y el Señor, el Hombre Nuevo, que venía a construir un mundo nuevo, a inaugurar una Nueva Creación, pasó treinta años junto a María esforzándose por vivir el nuevo ideal cristiano de la familia, y apenas tres predicando en público.

Y desde entonces nuestra Madre en el cielo no sabe hacer otra cosa: donde llega, crea familia de inmediato, convierte a los hombres en hijos y hermanos, que viven en la paz. Así fue en su vida en la tierra y ésta es la gracia propia que Ella reparte ahora desde el cielo. Ella nos recuerda que Cristo vino para reconciliar a todos los hombres, para hacer la paz, y convertirnos a todos en hijos de Dios.

¡Que Cristo nos dé a todos, ese don de la paz, ese don de SU PAZ!